

En vista de los buenos resultados que han dado los anestésicos para evitar el dolor en las operaciones, se trató de aplicarlos, en inhalacion tambien, para combatir no solo las verdaderas *neuralgias*, ó sean los dolores nerviosos esenciales de los órganos de la vida de relacion, sinó tambien las *visceralgias*, ó sean los dolores de igual clase de los plexos nerviosos de los órganos de la vida de nutricion, y mas especialmente de los abdominales, habiendo sido favorable el éxito, cómo era de esperar; así es que se citan curaciones de gastralgias y de cólicos nefríticos por este medio, que se habian resistido á los otros mas comunes; habiéndose logrado iguales resultados en la dismenorrea, anginas de pecho, etc.

Se pensó, en seguida, hacer aplicacion de las mismas inhalaciones en el tratamiento de las enfermedades convulsivas, á cuyo objeto se han hecho ensayos principalmente en el histerismo, epilepsia, eclamsía, tétanos y corea alcohólica; pero á decir verdad, los resultados no han sido tan satisfactorios cual podia creerse *à priori*, asegurándose, sin embargo, que el tétanos es el que se modifica de una manera mas ventajosa. Habiéndose ensayado, finalmente, para la curacion de los trastornos de la inteligencia, puede decirse que el éxito no ha sido nada favorable.

En resúmen, aplicada la inhalacion de los anestésicos en las lesiones de la sensibilidad, de la movilidad y de la inteligencia, diremos que los resultados han sido muy favorables en las primeras, dudosos en las segundas, y nulos en las terceras.

Hasta aquí la aplicacion de los anestésicos por inhalacion. Guaidos, empero, los médicos por la analogía, trataron tambien de usarlos por ingestion y tópicamente. Se han dado bajo la primera forma en el histerismo, insomnio de los viejos, locura, cólera-morbo asiático y asma, pudiendo decirse, que los resultados han sido insignificantes, si bien á veces se ha obtenido algun alivio. No ha sucedido lo mismo con la aplicacion tópica, pues en este caso han sido bastante favorables, siendo de advertir, que lo son tanto mas, cuanto menos volátil es el agente anestésico que se emplea. Así es, que se han calmado por este medio dolores muy intensos, tanto superficiales cómo profundos, pero mas especialmente los primeros, recurriendo á menudo á ellos en los dolores reumáticos musculares y en los neurálgicos.

cos, á cuyo efecto se usa el cloroformo líquido, y sobre todo el gelatinizado. Se ha recomendado tambien esta sustancia por el Dr. Bouisson en el tratamiento de la orquitis, cuando el dolor es muy agudo y rebelde, á pesar de las evacuaciones locales de sangre y de varios tópicos emolientes, quien dice haber obtenido buen éxito. Se ha usado asimismo de esta manera en las afecciones convulsivas, pero sin resultado notable; y tambien en inyeccion por la vagina, con alivio, en los fuertes dolores de la matriz, ya sean síntoma de una inflamacion aguda ó crónica de la misma, ó ya de una dismenorrea. Finalmente, anhelando siempre los operadores suprimir el dolor en las operaciones, removiendo, en lo posible, todos los inconvenientes y peligros, han usado tópicamente los anestésicos para dicho objeto; pero se ha observado que son útiles únicamente en los casos que la accion de los instrumentos debe verificarse en órganos muy superficiales, pues si estos son profundos, ya no alcanza su virtud á quitarles la sensibilidad.

## LECCION LI.

**Medicaciones indirectas. Idem específicas. Idem compuestas.**

### **Medicaciones indirectas.**

Llámase medicacion indirecta la que debe sus resultados curativos á la reaccion que se produce en la economía, á consecuencia de la primera impresion que los medicamentos han ocasionado en los órganos. Gintrac dá una perfecta idea de la misma, diciendo que los efectos directos de los medicamentos son el medio, y los indirectos el fin.

Los agentes de esta medicacion, sin los cuales no podria la misma concebirse, están representados por la intervencion del sistema nervioso y el poder de las connivencias ó antagonismos orgánicos, siendo además la prueba mas evidente de la inmensa importancia de la reaccion vital; y es preciso vigilarlos mucho, para evitar que sean nocivos cuando se presentan sin haberlos procurado y contra nuestra voluntad. Es indispensable no confundirlos con los efectos secundarios ó terapéuticos, pues forman parte de los primitivos, cuyo último término,

por decirlo así, representan, pudiendo ser á veces manifiestos, y pasar desapercibidos otras. Lo mismo que los primitivos directos, pueden manifestarse tan solo en un punto limitado de la economía, ó extenderse á toda ella, siendo preciso convenir en que son á menudo difíciles de apreciar y que dependen de una porcion de eventualidades, que no está siempre á nuestro alcance calcular de antemano. Cómo no se trata de obtener una modificacion orgánica directa ó inmediata, y, por lo tanto, casi cierta, sinó de provocar un trabajo de reaccion, hijo del primero y en armonía con su carácter é intensidad, lo mismo que con la disposicion actual de los órganos, se comprende muy fácilmente que no siendo esta última la misma en todas las circunstancias de la vida, no podamos asegurar, ni prever muchas veces dichos efectos indirectos. Un ejemplo tan comun cómo sencillo probará la verdad de este aserto. La aplicacion del frio á nuestro cuerpo produce unas veces la concentracion simplemente, otras la mortificacion de una ó mas partes, y otras, por fin, sobreviene á la concentracion un movimiento reaccionario que dirigiendo con mayor ó menor violencia las fuerzas á la periferia ocasiona efectos tónicos muy poderosos.

Las medicaciones indirectas tienden en su resultado definitivo, á producir el aumento ó la disminucion de la accion orgánica, dividiéndose, por lo tanto, en excitantes y calmantes ó debilitantes.

*Medicaciones indirectas excitantes.* Para el que desconociese el poder de la naturaleza ó principio vital, seria una paradoja que un agente debilitante ó anti-vital por esencia, pueda producir efectos de excitacion; y á pesar de eso nada mas comun ni mejor demostrado: el ejemplo del frio que acabamos de citar, nos convence de ello; nunca sentimos, en efecto, mas calor en la cara y las manos, que cuando en el rigor del invierno nos lavamos con agua muy fria. En los efectos indirectos del frio está basada la virtud de la hidroterapia, de cuyos efectos no nos ocuparemos mas, por haberlos tratado ya al hablar de la atmósfera y baños frios. Por lo demás, nada presentan de extraordinario las medicaciones indirectas excitantes, pues sus efectos se explican por diversos principios de fisiología, segun iremos viendo. Es sabido que la disminucion, *hasta cierto punto*, de los estimulantes habituales, aumenta la sensibilidad: por eso cuando hemos estado por algun tiempo en la oscuridad, no podemos soportar la luz difusa de los rayos del

sol, si nos exponemos á ella súbitamente: nada mas propio que la escasez de alimentos ó por lo menos la sobriedad, para mantener vivo el apetito y enérgicas las fuerzas digestivas: nunca son mas vivas las emociones propias del acto venéreo, que cuando éste se verifica muy de tarde en tarde. Dichos ejemplos nos manifiestan, pues, la verdad del principio fisiológico de que la sustraccion de los excitantes aumenta la aptitud de los órganos para sentir y reaccionar con energía. Téngase, sin embargo, presente que este principio está circunscrito en ciertos límites, y por esto hemos dicho *hasta cierto punto*; porque si la privacion de los referidos excitantes se prolonga mas de lo regular, en vez de exaltarse la sensibilidad y fuerza de reaccion, caerán, al contrario, en una profunda debilidad, imposible á veces de destruir: por esta razon la permanencia no interrumpida, por meses ó años, en un calabozo oscuro, puede ocasionar con mucha facilidad la ceguera, representada por la amaurosis: por eso tambien el enfermo que ha estado privado, por mucho tiempo, del uso de alimentos, debe volver á ellos con un cuidado extraordinario, por no hallarse el estómago en disposicion de digerirlos en razon de la debilidad que ha contraido. La prudencia, pues, y el buen tino deben proporcionarnos la medida del tiempo que ha de durar la sustraccion de los estimulantes, para que se produzca el aumento de excitabilidad, y no la falta de la misma.

Advierte Gintrac con mucha oportunidad, que la necesidad de las sangrías sucesivamente repetidas, ó sea por el método de Bouillaud, en las inflamaciones, está fundada en esa especie de reaccion que verifica la naturaleza, para reponerse, digámoslo así, de la pérdida de sangre que ha sufrido, cuya reaccion se estorba ó neutraliza, repitiendo la sangría á intervalos cortos. ¿Quién no ha visto algunas veces eritemas, erupciones ó pustulitas, producidas por la aplicacion de cataplasmas emolientes? Nada mas comun, sobre todo en personas de cutis fino y delicado.

*Medicaciones indirectas sedantes.* — Así cómo los debilitantes pueden ocasionar la excitacion indirecta, segun acabamos de ver, pueden los estimulantes producir indirectamente la debilidad ó sedacion.

Este último efecto se funda en aquel sabido principio de fisiología que dice: *Post spasmus atonia*. Nada mas fácil que convencerse de lo

dicho, por los ejemplos que vamos á citar. Un régimen alimenticio estimulante y el abuso de los licores espirituosos debilitan considerablemente las fuerzas digestivas: las violentas pasiones del alma enervan las facultades intelectuales: el abuso del movimiento produce la inaccion: los medicamentos tónicos y los excitantes administrados por mucho tiempo y con prodigalidad, producen, en último resultado, efectos debilitantes: el calórico, á pesar de ser el tipo de los excitantes, se convierte en debilitante, si es muy fuerte, y sobre todo, si provoca sudores abundantes: un sedal, un fontículo y un vesicante debilitan por la cantidad de supuracion que dan, no obstante de ser medios irritantes: los sudoríficos, diuréticos, purgantes y vomitivos, sin embargo de ser todos ellos mas ó menos estimulantes, excepto los laxantes, ocasionan una debilidad mas ó menos pronunciada, segun sean mas ó menos considerables las evacuaciones á qué dán lugar.

Podríamos aumentar el catálogo de los casos de esta clase, pero no lo hacemos, porque bastan los expuestos para dar una idea de lo que nos hemos propuesto demostrar.

#### **Medicaciones específicas.**

Se llama medicacion específica la que se compone de ciertos medicamentos que ejercen una accion especial contra esta ó la otra enfermedad, cuya curacion alcanzan casi siempre, añadiéndole algunos el carácter de poder prevenir el desarrollo de una dolencia.

Esta definicion nos indica la verdadera idea que debemos tener formada de los específicos, no exagerándola hasta el punto de pretender que *curen siempre*, pues en este sentido no poseeria la terapéutica ni un solo específico, y seria, cómo dice Boisseau, colocar el empirismo popular sobre el altar de la ciencia. Además, tampoco se observa en ellos el carácter de la verdadera especificidad, cual seria el de que un medicamento curase tan solo una enfermedad, y que una enfermedad no se curase mas que á beneficio de un solo medicamento. Esto, empero, no sucede: así vemos, que los tres específicos mas constantes y autorizados, por decirlo así, cuales son, la quina para las enfermedades periódicas; el mercurio para las sifilíticas, y el azufre para la sarna, sirven para varias enfermedades, y las tres referidas pueden

curarse por medio de otros medicamentos que no sean respectivamente los que acabamos de citar. Emplearemos, pues, la palabra específico con la restricción consignada en la definición.

No nos detendremos mas en estas consideraciones generales, por habernos ocupado ya de ellas en la clasificación de los medicamentos, en su párrafo de los específicos.

Ha habido épocas en que el catálogo de los específicos ha sido inmenso, denominándolos con una palabra compuesta de *anti*, contra, y el adjetivo de la enfermedad contra la cual se empleaban: así es que se conocían los anti-lácteos ó lactífugos, anti-sépticos, anti-escorbúticos, anti-reumáticos, anti-gotosos, anti-cancerosos, anti-tísicos, anti-frodíticos, anti-asmáticos, anti-eméticos, anti-hipocondríacos, anti-hipnóticos, anti-cólicos, y otros que omitimos. Pero en el día solo figuran en esta clase los cinco grupos siguientes: *neutralizante*, *anti-periódico*, *anti-sifilítico*, *anti-psórico*, y *anti-helmíntico*. Algunos establecen solo cuatro clases, por refundir en una los anti-psóricos y los anti-helmínticos, toda vez que el objeto de ambas es la destrucción de diversos animales.

Los *neutralizantes*, llamados también antídotos y contravenenos, tienen el poder de neutralizar virtualmente ó de descomponer por las leyes químicas las sustancias tóxicas ó venenosas introducidas en nuestro cuerpo, y principalmente en la cavidad del estómago: siendo, cual es de suponer, muy varios en proporción de lo que lo sean los agentes deletéreos que pretendemos neutralizar: así pues, si se trata de un envenenamiento por el fósforo, mejor diremos por el ácido fosfórico, nos valdremos de una sustancia alcalina, por ejemplo, la magnesia; y, al contrario, si hubiese sido producido por alguna sustancia alcalina, v. gr. la potasa ó la sosa, nos valdríamos de un agua acidulada, echando, v. gr., un par de cucharadas de vinagre ó de zumo de limón, en un vaso de agua: si fuese el ópio el agente de la intoxicación, acudiríamos á las bebidas acidulas, y en particular, al cocimiento acuoso de las agallas. No se crea, sin embargo, que los buenos efectos de los neutralizantes se obtengan en cualquier época del mal, pues si no es muy al principio, poco ó nada debemos prometernos de su acción, por razones muy fáciles de comprender, y aun existiendo la oportunidad de emplearlos pocos momentos despues de

ocurrido el envenenamiento, no debemos olvidar la diferencia que existe entre la retorta inerte de un laboratorio de química, y la retorta viva representada por el estómago; pues así cómo en aquella las reacciones químicas se verifican con mucha perfección, por no ser atacables las paredes de la retorta por los cuerpos mas ó menos enérgicos que la misma contiene, no sucede lo mismo en el estómago, cuyas paredes se dejan atacar y hasta perforar por algunas de las referidas sustancias venenosas. En virtud de esas consideraciones, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que en semejantes casos son preferibles los vomitivos enérgicos á los neutralizantes, pues la expulsión del veneno ofrece mas garantías que la *muchas veces pretendida* neutralización.

El grupo de los *anti-periódicos* comprende los medicamentos que tienen la virtud de curar las enfermedades de tipo periódico, segun lo indica el mismo nombre, tales son, las calenturas intermitentes, ya benignas, ya perniciosas, ya larvadas; así cómo tambien otra cualquiera enfermedad que guarde dicho tipo, ya sea una hemorragia, ya una convulsión, ya, principalmente, una neuralgia; debiendo empero, distinguir una enfermedad intermitente, de otra periódica, pues si se trata de una intermitente no periódica, esto es, de una errática, no sirven en semejante caso los específicos de que nos estamos ocupando; exceptuando, sin embargo, las calenturas intermitentes, que, no obstante de ser atípicas, ceden muchas veces á los anti-periódicos.

Los medicamentos que corresponden á esta seccion, son la quina y sus preparados, otros varios tónicos, el arsénico, cloroformo y otros mil que si bien muchas veces han dado buenos resultados, no pueden, á pesar de eso, competir con la quina y sus diversas sales.

Por lo que toca á los *anti-sifilíticos* diremos: que existen en realidad medicamentos, que curan mas ó menos pronto y radicalmente la sífilis. Estos medicamentos son: los mercuriales, anti-venéreos por excelencia, figurando en segundo término el ioduro de potasio y el de hierro, las especies sudoríficas, ó sea la zarzaparrilla, raiz de china, sasafrás y guayaco, las preparaciones de oro y el ópio. Creen algunos autores, que en rigor no deberian admitirse los específicos de esta clase, en razon de que la sífilis primitiva se cura muchas veces por medio de un buen régimen de cauterizaciones, y del plan antiflogístico,

sin intervencion del mercurio; que la secundaria cede efectivamente á la administracion de los mercuriales; y la terciaria á los ioduros y especialmente al de potasio; confiesan, sin embargo, los mismos, que produciendo el mercurio resultados tan brillantes en el tratamiento de estas enfermedades, debemos seguir admitiendo su carácter específico. A estas justas reflexiones añadiremos nosotros otras no menos dignas de atencion. En efecto, si bien no dudamos que muchas sífilis primitivas se curan sin el mercurio, estamos asimismo perfectamente convencidos que varias de éstas pasan á ser constitucionales por no haberse administrado este medicamento, y que el modo de impedir con mas seguridad el tránsito de la constitucional á la terciaria, es el uso oportuno de los mercuriales en la primera de estas dos, y por fin, que no es lo mas prudente confiar á los ioduros exclusivamente la curacion de los síntomas terciarios, si antes no se han usado los mercuriales.

Los *anti-psóricos* son los específicos que curan la sarna, y tambien, aunque con menos seguridad, otras enfermedades de la piel, principalmente herpéticas y eczematosas. El medicamento-tipo es el azufre, siendo tambien útiles los mercuriales y los preparados de iodo.

Finalmente, los *anti-helmínticos* tienen la virtud de expulsar ó matar las lombrices que se anidan en el conducto intestinal. Esta definicion nos indica claramente que existen dos clases de medicamentos vermífugos: unos que se limitan á arrastrar al exterior dichas lombrices, y son, los vomitivos y los purgantes, y entre éstos especialmente los calomelanos: y otros que no solo matan dichos animales, sinó que tambien los expelen; contándose entre dichos medicamentos, el estaño, aceite, semen-contra, musgo de Córcega, trementina, y muy especialmente la corteza de la raiz del granado.

No prestándose los medicamentos específicos á generalidades mas extensas, basta con lo que dejamos expuesto acerca de ellos.

#### **Medicaciones compuestas.**

Su mismo título las define. Entiéndese por medicacion compuesta, la que resulta de la reunion de dos ó mas de las que nos han ocupado hasta ahora, para el tratamiento de una enfermedad, ya sea simple, ya compuesta, ya complicada.

Del texto literal de esta definicion se infiere, que el verdadero carácter ó tipo de la medicacion compuesta, debe buscarse en ella misma, independiente de las circunstancias de la dolencia, consistiendo en emplear simultánea ó casi simultáneamente, medios correspondientes á medicaciones distintas. Parece á primera vista que dicha medicacion compuesta, deberia envolver la idea de una enfermedad compuesta tambien ó complicada; pero no sucede así, porque si bien no hay duda que la medicacion que debe emplearse en estos últimos casos, ha de ser verdaderamente compuesta, tampoco la tiene, que algunas enfermedades simples la requieren tambien, por aquel sabido principio de que «puede llegarse á un mismo fin, por caminos distintos y hasta opuestos.» La pulmonía nos presenta un caso de esta naturaleza: combatimos dicha enfermedad por medio de las sangrías y del tártaro emético á altas dosis, añadiendo, á veces, el uso de los vesicantes: tenemos pues, reunidos los antiflogísticos directos con los estimulantes y con los irritantes, constituyendo una medicacion compuesta, no obstante de ser simple la enfermedad. Otras, al contrario, podemos combatir la enfermedad con recursos terapéuticos correspondientes á una sola medicacion, cual sucede, por ejemplo, en una hemorragia pasiva que cede simplemente al uso de los astringentes. Siendo, cómo es, la naturaleza del mal la base de las indicaciones llamadas terapéuticas ó curativas, debemos emplear una medicacion opuesta á aquella, fundados en el principio que forma el lema de la *Alopatía*, ó sea de la medicina secular, *contraria contrariis curantur*. Siempre que podamos combatir el mal, con ventaja, mediante los recursos de una sola medicacion, no debemos acudir oficiosamente á otros de distinta clase, pues léjos de obtener la curacion, muchas veces agravaríamos indudablemente el mal, por haber empleado medios no solo innecesarios, sino tambien contraindicados. A pesar de lo dicho, ocurren algunos casos en que, no obstante de emplear algun medicamento, no solo distinto de la medicacion que nos sirve de base de tratamiento, sino hasta opuesto á la misma, no puede calificarse la medicacion de compuesta, si dicho medicamento se usa únicamente para combatir un síntoma ó accidente pasajero; pues teniendo entonces la indicacion el carácter de tal, no constituye una verdadera medicacion: sírvanos de ejemplo una calentura gástrica que estamos tratando con los evacuantes, y

en cuyo curso se presenta inesperadamente un dolor nervioso que exige el uso de los calmantes, á los cuales cede en el espacio de una ó dos horas, sin que aparezca de nuevo; pues se conoce fácilmente que habiendo sido de momentos, por decirlo así, la indicacion del calmante, no debemos dar á la medicacion el título de compuesta. Pero cuando los medicamentos de distintas clases, á que apelamos, deben usarse por un tiempo mas ó menos considerable, entonces la medicacion que se adopta, merece ya el nombre de tal. El ejemplo de la pulmonía que hemos puesto mas arriba, puede servirnos tambien para lo que estamos diciendo; pues los diversos medios que empleamos para combatirla, y que á pesar de su diferente naturaleza concurren todos á un mismo fin, se usan por un espacio de tiempo bastante prolongado. Lo mismo diremos del tratamiento de una congestion ó de un derrame cerebral, cuando además de las sangrías abundantes y repetidas, echamos mano de los revulsivos aplicados á las extremidades inferiores y al conducto intestinal.

Otras veces apelamos á una medicacion compuesta para combatir una enfermedad compuesta tambien, cuyo caso, y el de las enfermedades complicadas, de las que vamos á ocuparnos muy pronto, parece deberian formar el tipo de la verdadera medicacion compuesta, por existir elementos heterogéneos, tanto en el plan curativo, cómo en la enfermedad. Si un enfermo padece una calentura catarral-gástrica, no podemos confiar exclusivamente la curacion de la misma á los sudoríficos, ni á los evacuantes, porque cualquiera de esta clase de medicamentos usada aisladamente, no combatiria los dos principales elementos del mal, siendo, por lo tanto, necesario valernos de las dos, si bien no al mismo tiempo, porque los unos se opondrian al efecto de los otros, en razon del antagonismo orgánico que existe entre la piel y la mucosa digestiva; pero sí nos valdremos de los unos inmediatamente despues de haber usado los otros, empezando la medicacion, cómo se supone, por combatir el elemento morboso mas grave ó mas urgente; pues así nos lo aconseja aquel aforismo de Boerhaave, que comentamos ya al ocuparnos de los cánones terapéuticos para el cumplimiento de las indicaciones: *Ubi indicatio impar simul urget, tunc semper erit satisfaciendum maximæ.*

Por último, nos valemos tambien de la medicacion compuesta,

cuando en virtud de ser la enfermedad complicada, no puede fiarse su curacion á una sola clase de medicamentos. Aquí debemos recordar la diferencia que establece la patología general entre la enfermedad compuesta y la complicada; pues si bien las dos tienen el carácter comun de ofrecer elementos heterogéneos, y de exigir por esta causa diferentes clases de recursos terapéuticos, se distinguen, no obstante, en que en las compuestas los medios que se usan no se rechazan unos á otros, al paso que sucede esto en las complicadas. Un sugeto escorbú-tico ó escrofuloso en alto grado, se ve acometido de una pulmonía, para cuya curacion debemos acudir á las sangrías y al tártaro emético á altas dosis, medios ambos perjudiciales, especialmente el primero en los casos de escrófulas y de escorbuto, por las pérdidas y postracion que ocasionan en el cuerpo; pues siendo estas dos últimas enfermeda-des tan opuestas por su naturaleza á la pulmonía, podemos decir, en tesis general, y sin temor de equivocarnos, que los medios que es-tán indicados para la curacion de ésta, se hallan contraindicados para la de aquellas y vice-versa, siendo éste, cómo fácilmente se compren-de, uno de los casos mas apurados en que podemos encontrarnos, y que nos obliga á hacer las transacciones que aconsejan la prudencia y el buen tino práctico.

## DOCTRINAS Y SISTEMAS MÉDICOS.

### LECCION LII.

**Generalidades acerca de los mismos: causas que les han dado origen.—Doctrina de Hipócrates.**

#### **Generalidades sobre los sistemas.**

Si bien á primera vista parecen ser sinónimas las palabras *doctrina* y *sistema* en *medicina*, usándose con frecuencia en este concepto, tanto en las obras, cómo en las explicaciones, sin embargo, no lo son en realidad, aunque sí muy parecidas, y por lo tanto, definiremos por separado una y otro, para que así resalte mejor el carácter que los distingue.

Se entiende por *doctrina*, en general, un conjunto de opiniones, un cuerpo de máximas, un sistema de proposiciones, mas ó menos conformes con la experiencia, que se establecen sobre cualquier ramo de los conocimientos humanos. Diremos, con Gintrac, que « un *sistema* no es otra cosa que un conjunto de hechos y de suposiciones, de verdades y de errores, mas ó menos hábilmente coordinados y elevados sobre una base estrecha y vacilante. » Hágase aplicacion de estas definiciones á la medicina, y quedan definidos los sistemas y doctrinas en el terreno de las ciencias médicas. Dedúcese de ellas, que si bien puede haber error, lo mismo en una doctrina que en un sistema, sin embargo, cómo en aquella suena la palabra *experiencia* que no se nombra en éste, debemos naturalmente suponer que es mas fácil encon-

trar la verdad en la doctrina que en el sistema; pues así como la experiencia no tiene la ridícula pretension de sujetar los hechos á una sola y única explicacion, en una palabra, no está dominada por el exclusivismo; la idea dominante del sistema, por el contrario, somete á su imperio todos los hechos que á ella se refieren, y desconoce, rechaza y excluye todos los que se la oponen. Se nos argüirá diciendo, que el sistema de Broussais contiene errores cómo todo sistema, y que sin embargo, se le conoce con el nombre de *Doctrina de la irritacion*: esta objecion no tiene ningun valor, pues ya se ha dicho que las palabras doctrina y sistema se usan á menudo cómo sinónimas. Además la ciencia necesita indispensablemente de un vocablo que exprese un conjunto de hechos, de ideas ó de opiniones, que sean la pura y genuina fórmula de la verdad, y este vocablo es el de *doctrina*.

Se nos dirá acaso, que aquella no es absoluta, y que, por lo tanto, lo que para unos es la verdad, es para otros el error; pero esta idea que en el fondo es altamente filosófica, y verdadera en muchos casos, no tiene, en manera alguna, aplicacion á los hechos que estamos viendo y tocando todos los días, es decir, á los conocimientos que nos proporcionan una buena observacion y una constante experiencia. No hablaríamos ya en términos tan absolutos y categóricos, si se tratase de explicar y comentar los hechos mencionados, porque en el terreno especulativo de las teorías y de las explicaciones, ya es fácil que nos separemos de la senda de la verdad, pudiendo hacerse comentarios falsos sobre hechos verdaderos. Por esta razon damos el nombre de *doctrina* al conjunto de conocimientos que nos legó el anciano de Coós, porque están fundados en hechos demostrados por la observacion y la experiencia, motivo por el cual se conoce la doctrina ó medicina de Hipócrates con el nombre de *medicina de observacion*, y por esto tambien se presenta tan lozana en el dia, cómo en el que se fundó: por esto, finalmente, á ninguna persona de buen criterio se le ha ocurrido nunca, ni se le ocurrirá jamás, dar el nombre de *sistema* á la *doctrina hipocrática*.

La palabra sistema se mira, generalmente, con prevencion en sentido desfavorable, no solo en las ciencias físicas, sinó tambien, y muy especialmente en medicina, en razon del gran número de ellos des-

tituidos de base positiva, y opuestos á las reglas mas sencillas de la lógica, que han reinado muchas veces acerca de los cuerpos orgánicos y de sus actos mal conocidos ó mal interpretados. Díganlo, sinó, los sistemas astronómicos de Copérnico y de Galileo, admitiendo el primero el movimiento del sol al rededor de la tierra, y el segundo el de ésta al rededor de aquel, y el gran número de los que sucesivamente han regido, digámoslo así, los destinos de la medicina. No deben confundirse, segun advierte muy oportunamente Nysten, los *sistemas* con las *generalidades*. En las ciencias, las generalidades son las ideas analíticas ó sintéticas relativas á un conjunto de hechos cualesquiera, ó las de comparacion y de coordinacion de estos hechos ya sean anatómicos, ya fisiológicos, relativamente, por ejemplo, á los aparatos y órganos, ó á las funciones. El espíritu de sistema desvia generalmente á la razon del camino de la verdad, á la manera que la luz de una embarcacion que navega en alta mar, puede desviar al piloto de otra que la observa, del rumbo que debe seguir, creyendo ser aquella un faro sito en el puerto en que debe anclar; así cómo la observacion y la experiencia nos conducen por la referida senda, á la manera que un faro giratorio que difunde luz de diversos colores, anuncia al navegante el verdadero rumbo que debe seguir, porque el movimiento y variedad de colores, son las circunstancias que distinguen en el dia un faro, de otra luz cualquiera. Infiérese fácilmente de lo que acabamos de decir, que los sistemas son perjudiciales: esta consecuencia, empero, no debe ser absoluta, sinó relativa, pues al lado de los inconvenientes, presentan los sistemas ventajas no despreciables, y á veces de un inmenso interés. Podríamos, sin faltar á las reglas de analogía, comparar con los sistemas el notable período de la historia conocido con el nombre de *edad media* que dominó toda la Europa desde la caida del Imperio Romano, y con él la del majestuoso edificio de la antigua civilizacion, hasta principios del siglo XVI; pues á la par que en dicha época de barbarie se vieron heridas de muerte las ciencias, las artes, el comercio y la civilizacion, germinaron, por decirlo así, y algunos nacieron en el seno de la misma, los grandes descubrimientos de la brújula, del movimiento de la tierra, del sistema de la gravitacion, de la circulacion de la sangre, de un nuevo mundo físico, y finalmente, del arte *divino* de la imprenta.

En efecto, si la aplicacion esclusiva de los sistemas en terapéutica es cual fiero aquilon ó cual dañina langosta que arrasan y talan los campos; el uso bien entendido de los mismos ha contribuido indisputablemente á los adelantos de la medicina. Oigamos sinó las elegantes frases con que expresa esta misma idea el conocido escritor médico é ilustrado Decano de la Facultad de Medicina de Santiago, Dr. D. José Varela de Montes, en su interesante *Opúsculo de las mas notables doctrinas y sistemas médicos desde Hipócrates hasta el día*. « Esa gran pirámide, dice, levantada por los hombres de la ciencia y cuya última piedra parece intentaban poner, se ha desplomado con los sistemas, con las teorías, con las utopias, y queda al raso de su base; pero adornada con mil jeroglíficos, restos de los sistemas, en cuyo centro arde una pira que lentamente consume cuanto no tiende á ilustrar la base fundamental de la ciencia. Las teorías de Galeno, cómo los delirios de Paracelso, cómo el exclusivismo de Themison, cómo las utopias de Wan-Helmont, las sutilezas de Sthal, lo mismo que la mecánica de Boerhaave, los delirios de Mésmer, la decantada sencillez de Brown, las ideas de Rassori, la casi exclusiva cuerda de Broussais, y en fin, la misteriosa divisibilidad de Hahnemann han desaparecido, pero no sin haber, muchas de ellas, adornado dignamente la grande é inmortal base de la ciencia. En medio de sus errores debemos tributarles un justo homenaje, porque la ciencia se ha enriquecido con sus hechos, con sus trabajos, y sus doctrinas quedarán refundidas en el único pensamiento, en la única verdad, y la gran pira habrá consumido los errores y los extravíos de la imaginacion. »

« Todas las nuevas doctrinas que han sublevado al mundo médico, tuvieron sus grandes épocas, y reportaron sus ventajas, y la inmensidad de sus escritos, que inundaron la Europa, fueron cómo las grandes avenidas del Nilo que amenazando destruirlo todo y arrastrar en pos suyo cuanto hallan, desaparecen luego dejando fertilizados los campos del Egipto que parecia envolver en sus corrientes. Del mismo modo pasan los cataclismos sistemáticos dejando cada vez mas firme ese edificio eterno erigido á la ciencia. »

#### Causas de los sistemas.

Si tratamos ahora de averiguar las causas que han dado origen á los

sistemas, reconoceremos entre ellas, todas aquellas que se han opuesto de una manera mas ó menos directa al *verdadero progreso* de la medicina; tales son las observaciones mal hechas, la prohibicion de las disecciones de cadáveres humanos, el menosprecio de los trabajos científicos de nuestros predecesores, ó al contrario, el servilismo con que á veces se han defendido sus opiniones, cual sucedió con el descubrimiento de la circulacion de la sangre, que fué rechazado por espacio de muchos años, *por la poderosa razon* de no haberla conocido Galeno; el mal entendido orgullo científico de algun reformador ó alguna Escuela, que mas bien por espíritu de partido, ó por no tener que apostatar de ciertos principios ó ideas que abrazaran algun dia por haberlos creído verdaderos sin serlo, defienden opiniones que están en abierta contradiccion con los hechos. Figuran además entre las mismas las que en seguida se expresan. La preocupacion, ó las ideas preconcebidas en pró ó en contra de un hecho ú opinion cualquiera, es una de las causas mas abonadas para precipitarse en el insondable abismo de los sistemas; por eso, uno de los mas ilustres sabios que cuenta la filosofía, Bacon de Verulamio, hizo todos los esfuerzos imaginables para desterrarla de las ciencias, cómo se indica claramente en el siguiente pasaje: *Non fingendum aut excogitandum, sed quid natura faciat observandum*. Otra de las mas comunes y evidentes es la importancia indebida y exagerada que se ha dado, segun las épocas, á la metafísica, á la física ó á la química, pues dominados los autores por el vértigo influyente de las respectivas ciencias, tan solo han visto los hechos al través de un engañoso prisma, olvidándose de una manera mas ó menos completa, de la preponderancia de la vida, y que en el desempeño de las funciones de ésta, no podemos concretarnos á admitir una sola clase de fenómenos. Así es, que cuando se han querido explicar de una manera absoluta los que se verifican en el cuerpo, ya en estado de salud, ya en el de enfermedad, por la accion de los ácidos, álcalis, sales, combinaciones, acrimonias, etc., asemejando la economía á un laboratorio químico; ó no viendo en ella mas que las leyes de gravedad con la compresion, obstruccion, inspissitud, fluidez, fenómenos hidráulicos, representándonos todos los principios é ideas que se vierten en una cátedra de física; ó se ha recurrido á la influencia de los astros y de los talismanes; ó al animismo, vitalismo ó ar-

queismo, menospreciando la parte material del cuerpo; en todos estos casos, repetimos, que los fenómenos de la vida se han hecho depender única y exclusivamente de estos diferentes orígenes, la ciencia ha sido un caos, y no solamente no ha dado un paso por la senda del progreso, sinó que ha retrogradado lastimosamente y ha quedado sumida por mas ó menos tiempo en las tinieblas mas profundas. Por último, el prurito de investigar las causas de las enfermedades, cuando muchas de ellas son y quizás serán siempre desconocidas, habiendo, por lo tanto, necesidad de crear agentes ilusorios, y nombres que los representen, y entidades que no se pueden demostrar, sumergiendo la ciencia en la mas oscura ontología que con tanto valor y decision combatió el autor del *Exámen de las doctrinas médicas*, en cuyas redes cayó no obstante envuelto él mismo algunas veces; esta causa ha sido muy fecunda para la creacion de sistemas, cómo sucedió ya en los primeros tiempos de la medicina, cuando los inmediatos sucesores de Hipócrates se extraviaron del camino de la observacion.

Si ésta, pues, nos enseña que la naturaleza de las enfermedades no es única y exclusiva, sinó que es muy variada ó distinta, segun los casos, ¿cómo podremos combatirla siempre de una misma manera, sin exponernos á que los resultados del plan curativo sean nulos, y lo que es peor, perjudiciales? Todo sistema que se funde sobre datos tan inciertos se parecerá á un edificio levantado sobre deleznable y movediza arena, que viene al suelo bajo su propio peso ó al impulso producido por el embate de los vientos. Cúrense, enhorabuena, con los evacuan-tes las enfermedades producidas y alimentadas por la alteracion de los humores; ó con los debilitantes las de índole irritativa ó inflamatoria: pero el ridículo empeño de que deban tratarse todas, ya por aquella clase de medios, ya por estos, es una loca pretension que únicamente puede tener cabida en las cabezas dislocadas de los médicos sistemáticos. Por eso dice muy oportunamente á sus discípulos el ya mencionado Varela de Montes: «La mano en la frente y los sentidos en los enfermos; hé aquí el símbolo de vuestro sistema médico.»

Expuestas estas ligeras nociones sobre los sistemas en general, y sus causas, vamos á ocuparnos ya de cada uno de ellos en particular. Debiendo partir de una época fija y determinada en la historia del arte, empezaremos por la mas notable que la misma nos ofrece, cual

es la medicina de Hipócrates, pues si bien no representa ésta sistema alguno, según hemos dicho, debe, no obstante; servirnos de punto de partida, no porque el anciano de Coós simbolice el origen de la medicina, pues ésta apareció con el primer hombre, sino porque fué el sabio y entendido arquitecto que levantó primero el complicado edificio de la medicina, en cuyo frontis esculpió con caracteres indelebles el siguiente lema: *Observacion filosófica*; y si bien este edificio fué modesto cuando su fundacion, y proporcionado á los materiales de que podia echarse mano en dicha época, reunia, sin embargo, todas las circunstancias de la mayor solidez y gran facilidad para el engrandecimiento ulterior del mismo, sin necesidad de levantar una sola piedra de sus cimientos; edificio, por fin, que en virtud de los abundantes y lujosos materiales de construccion que poseemos en el día, vemos convertido ahora en un magnífico y suntuoso palacio. Hay además otra razon para partir de la doctrina hipocrática, cual es el notable contraste que debe formar la concienzuda y profunda observacion con la volubilidad, poca solidez y ligereza de los sistemas que se precipitan unos tras otros. Por esta razon prescindiremos de las épocas de la medicina anteriores á Hipócrates, cuales fueron el estado de la misma en los primeros pueblos; la de los fenicios; la mitológica griega; la mitológica romana; la medicina de los chinos; la de los japoneses; la de los escitas; la de los indios; la de los israelitas hasta la primera destruccion del templo de Jerusalem; el estado de la medicina en manos de los sacerdotes; y los primeros ensayos de la medicina teórica; los primeros ensayos de la medicina práctica, y, por último, el origen del ejercicio público de la misma.

#### **Doctrina de Hipócrates.**

Ésta se conoce tambien con el nombre de *medicina de observacion*, porque está fundada en esta circunstancia ó requisito. No se crea, empero, que fuese una observacion tosca, empírica y, por lo tanto, improductiva, sino una *observacion razonada*, en virtud de la cual formuló ciertos preceptos, aforismos ó principios generales enlazados estrechamente con los hechos observados y comprobados tan considerable número de veces, por espacio de tantos años, en circunstancias

tan diversas, y en tan distintos puntos del globo ; que de ningun modo pueden referirse á la casualidad. De un genio privilegiado, cual fué *el divino viejo*, no podia esperarse otra clase de observacion que la que hemos insinuado, porque á haber sido meramente *empírica y rutinaria*, no hubiera producido los ópimos frutos que de ella han venido recogiendo constantemente las generaciones que le sucedieron, siempre que han seguido cultivando el campo donde él echó tan fecunda cómo útil semilla.

Hipócrates, el segundo de este nombre, y de fama imperecedera, nació en la isla de Coós, una de las occidentales del Archipiélago, cerca del continente del Asia menor. Este notable acontecimiento ocurrió, para dicha de la humanidad, hácia el año primero de la Olimpíada LXXX, ó sea, 460 años antes de Jesucristo. Sus padres fueron Heráclito y Fenavita ó Praxitéa, de la familia de los Asclepiades, cuyos ascendientes habian ejercido, por espacio de 17 generaciones, la profesion de médicos, por cuya razon dicen muy oportunamente los historiadores, que Hipócrates mamó con la leche los principios del arte. No seguiremos paso á paso su educacion científica y sus progresos en la carrera médica, porque no es este el lugar oportuno para escribir su biografía, pero sí expresaremos, aunque sea muy someramente, lo mas notable que le distinguió y que está en relacion con su doctrina, siendo el médico de mayor fama justamente adquirida, y el mejor observador que se ha conocido hasta el dia, y respetado no solo por los médicos, sinó tambien por los filósofos, los moralistas y los legisladores. Se le ha llamado y se le llama el *Patriarca y Padre de la medicina*, *el príncipe de los médicos*, *el Oráculo de Coós*, *el anciano de Coós*, *el divino viejo*, *el primero de los médicos*, *medicorum Romulus*, segun la expresion favorita de Sydenham. Fué tanta su fama, que aun en vida le llamaban hijo de los *Dioses*; razon por la cual su preséncia era deseada en todas partes. Viajó mucho con objeto de instruirse, y de observar y conocer los medios de curar las enfermedades en todos los países; y por eso recomienda, en gran manera, los viajes á los médicos. Al principio de su carrera se hizo notable por dos rasgos que pintan al hombre independiente y amante de las glorias y libertad de su patria, y al médico instruido y práctico. Hallándose la Persia devastada por la peste, y noticioso Artajerjes de la gran reputacion del